



Yo estoy convencida de que la crisis de nuestro país no es política. Tampoco económica. Ni siquiera es social. Nuestra crisis es de valores. Y el Sistema de Orquestas del Maestro Abreu rescata, promueve y difunde valores.

Yo estoy segura de que a José Antonio Abreu le otorgarán, más temprano que tarde, el Premio Nobel de la Paz. No puedo pensar en un mejor candidato. Porque la revolución del espíritu de la que él ha sido creador e inspirador no es sólo la verdadera revolución, sino la esperanza cierta de la paz porque habla el lenguaje que nos une a todos: la música.

La verdadera revolución

Carolina Jaimes Branger

En Venezuela se está gestando una revolución como pocas en el mundo. Una revolución que representa el verdadero cambio que todos aspiramos. Una revolución que de seguir como va, logrará erradicar la pobreza y hará de Venezuela ¡por fin! un país rico: la revolución de la música. Porque donde entran por una puerta Mozart y Beethoven, Mahler y Tchaikovsky, Bernstein y Villalobos, Sojo y Estévez, entre muchos otros, por la otra puerta sale la marginalidad.

Gracias a las ideas y a la lúcida perseverancia del Maestro José Antonio Abreu desde hace más de tres décadas, Venezuela transita caminos desandados —y otros nunca emprendidos— hacia la excelencia.

Tuve la oportunidad de visitar el núcleo de las orquestas en Barquisimeto y aun conociendo el funcionamiento del Sistema, me quedé sin palabras. En muchas oportunidades no pude contener las lágrimas de la emoción que me produjo el estar allí y constatar de primera mano que hay sobrados motivos para tener esperanzas en Venezuela.

Yo estoy convencida de que la crisis de nuestro país no es política. Tampoco económica. Ni siquiera es social. Nuestra crisis es de valores. Y el Sistema de Orquestas del Maestro Abreu rescata, promueve y difunde valores.

El primer valor que no sólo rescata, sino que propicia, es el del trabajo, tanto individual como en equipo. Todos se esmeran

en aprender las técnicas, se esfuerzan por dar lo mejor de sí mismos, y lo dan. Los aplausos que reciben son merecidos, porque fueron ganados con esfuerzo, con sudor, con ahínco. Y ellos lo saben. Más bien rechazarían que se les aplaudiera si supieran que no se han esforzado lo suficiente. Basta con entrar a un ensayo de los grupos de niños y jóvenes con necesidades especiales, para darse cuenta de que a nadie, absolutamente a nadie le hace daño que le exijan. Es conmovedor ver cómo esas personas son motivadas y cómo esa motivación produce resultados que en muchas ocasiones han sorprendido a los mismos maestros. El Coro de Manos Blancas y los ensambles de música formados por discapacitados recuerdan otro proyecto social de envergadura que se inició en Venezuela también, y que de manera inexplicable fue detenido: el del Ministerio para el Desarrollo de la Inteligencia de Luis Alberto Machado, en cuyos programas está inspirado buena parte del Sistema de Orquestas.

Y es que el secreto del éxito de las orquestas es una combinación perfecta de enseñanza y exigencia, de técnica y disciplina, y sobre todo, de mucho amor. Cualquiera niño o joven puede entrar y se orienta a donde mejor pueda rendir, dependiendo de su interés, inclinación y disposición. Eso minimiza la frustración, y logra el cometido final, esencia del Sistema: el que todos puedan ser parte de la orquesta y que el instrumento que interpretan sea clave en que la melodía, el ritmo y la armonía finales sean un regalo perfecto para quien los escucha.

El segundo valor es el de la disciplina. En un país como el nuestro, en el que el relajamiento es generalizado, la informalidad impera en todos los ámbitos y la irresponsabilidad es usualmente la norma, no pareciera tarea fácil imponer disciplina. Sin embargo, en el Sistema ocurre lo contrario: hay puntualidad

a la hora de llegar, seriedad a la hora de ensayar, empeño a la hora de corregir, y felicitaciones a la hora de premiar.

El tercer valor es el de la solidaridad. El trabajo en equipo es tomado como bandera. Hay jefes de cada sección y jefes de cada fila, que son responsables de que sus *jefaturados* den su mejor esfuerzo. A medida que se avanza en méritos, se sube en el escalafón de las responsabilidades. Y es obvio el orgullo que sienten los jefes de los progresos y logros de todos aquellos a quienes tienen bajo su tutela, sin ningún tipo de complejos.

El cuarto valor es el de reconocer el talento. A los muchachos los enseñan a admirar y aplaudir los logros de sus compañeros. A la vez, los admirados y aplaudidos toman esos aplausos en nombre del equipo. Es conmovedor ver a Gustavo Dudamel, tan elogiado en todo el mundo, recibir las ovaciones literalmente metido dentro de la orquesta, reforzando el sentido del *trabajo en equipo*. ¿Qué mayor estímulo puede haber para esos músicos?... Gustavo ha tenido en José Antonio Abreu el mejor maestro en ese sentido, pues todos los reconocimientos y premios que ha recibido Abreu dentro y fuera de Venezuela, siempre los ha aceptado exaltando el mérito de su maravilloso equipo.

El quinto valor es el de creer que se puede. En las orquestas no existen *pobrecitos* a quien aplaudirles mediocridades, porque la mediocridad es el enemigo a vencer. Existe el convencimiento absoluto de que el éxito es del tamaño del sueño y del trabajo que se realice para conseguirlo. La competencia es sana y estimulante. No hay acomplejados. Los éxitos de los compañeros son ejemplos para emular.

El sexto valor es el del sentido de la pertenencia. El hecho de ser miembro de las orquestas es un valor en sí mismo. Las orquestas son un fenómeno social que está cambiando los paradig-

mas de subdesarrollo que tenemos los venezolanos. Los músicos son los nuevos héroes en todos los estratos sociales. ¡Y qué mejor cosa que contar con esos próceres civiles, cuyas vidas son reflejo de todo lo que es deseable, de lo que es bueno, de lo que perdura! En los barrios, los jóvenes músicos son respetados por todos, incluso por los mismos malandros.

Hace unos dos años tuve el privilegio de entrevistar a Edisson Ruiz, el joven bajista que es el maestro más joven –y el único latinoamericano– que ha ingresado a la Filarmónica de Berlín. Me contó que su mamá lo metió en el núcleo de la orquesta en San Agustín del Sur cuando él tenía como once años, porque no le gustaban las *juntas* con las que él andaba, y vio la orquesta como una tabla de salvación.

Es así: las orquestas han sido, son y serán mucho más que tablas de salvación. Son el vehículo del progreso, la promesa de una nueva sociedad, el despertar de una conciencia distinta, con los más altos estándares, propios de las sociedades desarrolladas.

Hace poco estuvo en Venezuela María Elena Carballo, Ministra de Cultura de Costa Rica, quien vino en visita privada a entrevistarse con el Maestro Abreu para convertir las Escuelas de Música costarricenses en núcleos de orquestas como los nuestros, convencida del tremendo impacto social que ellos tienen. Y así hay otros países, desarrollados y subdesarrollados, que están implementando programas como los que tenemos en Venezuela.

Yo estoy segura de que a José Antonio Abreu le otorgarán, más temprano que tarde, el Premio Nobel de la Paz. No puedo pensar en un mejor candidato. Porque la revolución del espíritu de la que él ha sido creador e inspirador no es sólo la verdadera revolución, sino la esperanza cierta de la paz porque habla el lenguaje que nos une a todos: la música.